

caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazón de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque, la gente que se les llegaba, traía lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole: "Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podría ser, fuese otra cosa de la que tememos." Llegaron, en esto, los de á caballo; y, arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pié, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual, dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querían; pero, apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecía lo mismo; porque, apenas daba muestras de hablar, cuando, uno de los de á pié, con un aguijon le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche; apresuraron el paso; creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que, de cuando en cuando, les decían: "¡Caminad, trogloditas! ¡callad, bárbaros! ¡pagad, antropófagos! no os quejeis, ¡scitas! ni abrais los ojos, ¡Polifemos matadores, leones carniceros!" y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: "¿Nosotros tortolitas? ¿nosotros barberos ni estropajos? ¿nosotros perritas, á quien dicen *cita cita*? No me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva; todo el mal nos viene junto, como al perro los palos; y ¡ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada!" Iba Don Quijote embelesado, sin poder afinar, con cuantos discursos hacia, qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto, un hora casi de la noche, á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. "¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia; y ¿qué será esto? Sí; que en esta casa, todo es cortesía y buen comedimiento; pero, para los vencidos, el bien se vuelve en mal, y el mal en peor." Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera, que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á Don Quijote.

APEARONSE los de á caballo, y, junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas, puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias; de modo que, á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca, sobre mas de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer, con su hermosura, hermosa á la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del patio estaba puesto un teatro, y, en dos sillas, sentados dos personajes, que, por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trujeron los presos, sentaron á Don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales, á los dos, que asimismo callasen; pero, sin que se lo señalaran, callaron ellos; porque, la admiración de lo que estaban mirando, les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro, con mucho acompañamiento, dos principales personajes,

que luego fueron conocidos de Don Quijote ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas, junto á los dos que parecían reyes. ¡Quién no se había de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora! Al subir el duque y la duquesa en el teatro, se levantaron Don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion; y los duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocacá negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y, quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho, de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero, como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coraza; vióla pintada de diablos; volviósela á poner, diciendo entre sí: "Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan." Mirábale también Don Quijote; y, aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer debajo del túmulo, un són sumiso y agradable de flautas, que, por no ser impedido de alguna humana voz, porque, en aquel sitio, el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del, al parecer, cadáver, un hermoso mancebo, vestido á lo romano, que al són de una arpa, que él mismo tocaba, cantó, con suavísima y clara voz, estas dos estancias:

"En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote,
Y en tanto que en la córte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia,
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fría en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del olvido.—

No mas, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes; no mas, ¡cantor divino! que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que, para volverla á la perdida luz, ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, ¡oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite: pues sabes todo aquello que en los inexcrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dilo, y decláralo luego, por que no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos!" Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando, levantándose en pié Radamanto, dijo: "¡Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos! que, en esta ceremonia, consiste la salud de Altisidora." Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio, y dijo: "¡Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro! ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta doncella? ¡Regostóse la vieja á los bledos! ¡cantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante! ¡muérese Altisidora, de males que Dios quiso darle, y hánla de resucitar hacerme á mí veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos! Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo *tús, tús*.—Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ¡ablándate, tigre! ¡humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio! mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. ¡Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento! si no, ¡por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis!" Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas defuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando, bramando como un toro, dijo: "Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo; ¡pero, consentir que me toquen dueñas, eso no! Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo; traspáenme el cuerpo con puntas de dagas buidas; atenáenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; ¡pero, que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo!" Rompió también el silencio Don Quijote, diciendo á Sancho: "Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que, con el martirio della, desencantes los encantados y resucites los muertos." Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él, mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. "¡Menos